

EDITORIAL

La idea y el modo de la transmisión de la ciencia y el saber ha cambiado notablemente desde sus orígenes en Grecia hasta la actualidad.

En efecto, en Grecia siempre hubo un individuo destacado alrededor de quien se disponían los aprendices, y no sólo para escuchar una doctrina sino para practicar una forma de vida. En la Academia de Platón, en el Liceo de Aristóteles, en el Pórtico estoico o en el Jardín de Epicuro no sólo se impartían y enseñaban una serie de conceptos abstractos sino un modo de vida relacionado con ese saber, es decir, una dietética, una higiene, unos hábitos y unas virtudes.

Así ocurrió también en el ámbito de la medicina. La escuela de Cos, donde enseñó Hipócrates, y la de Cnido, antagónica de aquella, formaban a sus alumnos no solo en lo relativo a la teoría sino, sobre todo, en un estilo de vida determinado. Algo de esto, del vínculo que por esta razón se establecía entre docentes y dicentes, ha quedado reflejado en el segundo párrafo del Juramento Hipocrático, que reza así:

Tener al que me enseñó este arte en igual estima que a mis progenitores, compartir con él mi hacienda y tomar a mi cargo sus necesidades si le hiciere falta; considerar a sus hijos como hermanos míos y enseñarles este arte, si es que tuvieran necesidad de aprenderlo, en forma gratuita y sin contrato.

Es evidente que obligaciones de este tipo no se asumen fácilmente, y es impensable que sean el fruto de un mero contacto intelectual entre el maestro y su discípulo. Sólo una larga y estrecha convivencia, y con ello, la adquisición de una cierta identidad de valores, pudo haber sido su origen.

En los siglos posteriores, el renacimiento de la actividad científica se sustentó en las revistas, que sirvieron como forma de conocimiento, comunicación y debate. La ciencia moderna nació en el contexto de una polémica con la religión y la metafísica, y

quienes la cultivaban hallaron en las revistas, donde mostraban sus hallazgos, no sólo un órgano de difusión de ideas sino, también, un apoyo, un cobijo y un consuelo en el contexto de una empresa no desprovista de épica. Aunque este estilo difiere del clásico tipo de relación maestro-discípulo, característico de la antigüedad, conserva en cambio la mutua identificación y la unanimidad de los valores.

El recuento anterior postula que nada grande se puede realizar en el terreno de la ciencia y el saber si en ello no está comprometido el hombre entero, no sólo su intelecto. Nuestro país carece de una gran tradición en estos ámbitos, y cabe preguntarse si la estructuración de las exigencias que garantizan el desarrollo académico, por ejemplo, en tanto no toman en consideración que el quehacer intelectual debe comprometer al hombre entero, no contribuyen a mantener estancado el conocimiento.

Este, desde luego, no es un asunto fácil de tratar, comprender ni resolver, aquí solo hacemos un apunte. Pero nadie dudará de lo absurdo que resulta que un investigador nacional no sea conocido por los mismos con los que convive, ni por la comunidad en que reside. ¿Habría sido comprensible para un griego del siglo V. a.C., que supieran de su nombre y actividad intelectual en Egipto, por ejemplo, pero no en Grecia?

Sería conveniente meditar y debatir sobre los modos en que en nuestro país se produce y se difunde el conocimiento, el anonimato en que se realiza y el aislamiento respecto de la comunidad de pares. Y si bien lo que aquí exponemos es sólo una parte de un extenso problema, sería bueno empezar por algún lado, y resolverlo aunque fuera parcialmente.